

Nuestra lectura del Evangelio de hoy se centra en el Apóstol Pedro. Cuando pensamos en Pedro, generalmente, creo que pensamos en San Pedro, que según la tradición de la Iglesia, fue nuestro primer papa. Siempre Pedro ha sido una inspiración para mí, pero no porque él era un papa. Él es una inspiración para mí debido a pasajes como el que leemos en el Evangelio de hoy. A menudo oímos citada la declaración de Pedro a Jesús: «Tú eres el Mesías», aunque quizás más a menudo oímos citada la versión en el Evangelio según San Mateo:

Pedro contestó: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo.» Jesús le replicó, «Feliz eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y ahora yo te digo: «Tú eres Pedro (o sea Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer» (San Mateo 16:16-18).

Pedro recibe las alabanzas como San Pedro, el apóstol, que primero entendió que Jesús es el Mesías, el que venía al mundo como salvador **del** mundo. Ciertamente yo no quisiera disminuir estas alabanzas a San Pedro. Pero no es por su santidad sola que es una inspiración para mí.

Pedro es una inspiración para mí porque él es tan humano, un pecador como yo. Inmediatamente después de la perspicacia espiritual de Pedro en quien es Jesús, Jesús comienza a decirle a sus discípulos lo que él va a experimentar, el sufrimiento y la desgracia. Jesús—no olviden—es humano así como divino, y Satanás en su propia persona ya había tentado a Jesús de llevar a cabo su misión en la tierra como un trabajador de maravillas convirtiendo una piedra en pan, como un Dios tirándose ileso debajo del parapeto del templo, y por último como rey de todo el mundo a través de adoración de Satanás. El Evangelio nos dice, «Al ver el diablo que había agotado todas las formas de tentación, se alejó de Jesús, a la espera **de otra oportunidad**» (San Lucas 4:13). En el Evangelio de hoy vemos **una de esas oportunidades** cuando Satanás se le aparece a Jesús de nuevo, esta vez en la persona de un querido amigo. Este mismo Pedro que tenía una perspicacia tan maravilla de Jesús «se lo llevó [a Jesús] aparte y trataba de disuadirlo,» trataba de tentarlo para encontrar un otro camino. No es una sorpresa que Jesús, en este punto, le dice a Pedro, «¡Apártate de mí, Satanás! Porque tú no juzgas según Dios, sino según los hombres».

Si pensamos sobre nuestra relación con los queridos que tenemos nosotros, ¿quién de nosotros quiere que un miembro de nuestra familia o un amigo sufra? Yo sé de padres que una y otra vez rescatan a sus hijos hasta el punto que sus hijos nunca tienen que afrontar las consecuencias de sus acciones. Conozco las personas que han sacrificado sus propias consciencias para ayudar un amigo que en verdad no está en una situación difícil, sino simplemente experimenta una inconveniencia. Queremos ayudar a nuestra familia y a nuestros amigos. Así que es fácil para nosotros entender que Pedro no quiso que Jesús pasara por gran sufrimiento, el rechazo de las autoridades religiosas, y la muerte. Pero es claro que su gran perspicacia espiritual fue momentánea. Así, Jesús comienza a enseñarle a sus discípulos las consecuencias de sus elecciones.

Es esta combinación de santo y pecador que hace del Apóstol Pedro una inspiración para mí. Y ésta no es la única vez que vemos a San Pedro como santo y pecador. Es verdad que Pedro era uno de los amigos más íntimos de Jesús. Pedro fue uno de los tres presentes en la Transfiguración de Jesús; fue Pedro quién caminó sobre el agua por invitación de Jesús; fue Pedro quién predicó en Pentecostés. Pero también es verdad que en la transfiguración Pedro habla cuando él debería haber estado oyendo, porque incluso mientras él hablaba «. . . una voz que salía de la nube dijo, <¡Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido, Escúchenlo!>» (San Mateo 17:5). También es verdad que cuando Pedro caminaba hacia Jesús sobre el agua, «. . . tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: <¡Señor, sálvame!>» (San Mateo 14:30-31). Fue Pedro, recuerden ustedes, quien negó a Jesús tres veces después de que Jesús fue detenido.

Es este hombre pecador que, en al menos un caso, era el aliado de Satanás, cuya falta de atención y falta de fe fueron reprendidos, quien incluso negó a Jesús—es este ser humano pecador que, de hecho, se hizo una piedra en la cual Cristo edificó su Iglesia. Es San Pedro que fue el primero en ver la tumba vacía; es San Pedro que inicia cada nueva misión que se menciona en el Nuevo Testamento, incluso la misión a los gentiles, la misión a nosotros. Es esta transformación de tal hombre que me inspira a tratar de abrirme a la presencia y dirección de nuestro Señor. Yo sé que todos nosotros queremos ser mejores que somos. Solos, no podemos ser mejor moralmente o espiritualmente. Necesitamos la ayuda de Dios y necesitamos la ayuda de nuestra comunidad de fe, la Iglesia. Mi oración para mí y para todos nosotros es que seamos capaces de aceptar la invitación de nuestro Señor Jesucristo a ser sus amigos íntimos.